

tal, no solamente de su persona, sino de su amor. Estaría allí, le vería, le oiría moverse, respirar, vivir... A esta idea, un estremecimiento de horror corría por su cuerpo. Al pensar en aquel hombre que la había poseído, experimentaba un sufrimiento tan agudo que paralizaba el latido de su corazón. El recuerdo de las caricias cambiadas le producía náuseas y profunda tristeza. Nunca como en aquel momento comprendió cuánto le había transformado su amor sincero y noble. Había hecho de ella otra mujer nueva, rejuvenecida, perdonada. Pero ¡qué remedio! Aceptaba y soportaría la odiosa presencia de su antiguo amante. Era el castigo por no haber guardado para su verdadero amor una pureza intacta; por no haber previsto que encontraría algún día un Hautefeuille, y no haber sabido conservarse digna de él... Ely, la racionalista, la nihilista, la atea, llegaba á esa religión, á ese misticismo de su propia dicha, tan naturales en la mujer verdaderamente enamorada, y que la muestran como una blasfemia, como un sacrilegio, como una impiedad todas las emociones que no han tenido como causa al sér amado. Pues bien: ¡ella expiaría estas emociones sufriendo la presencia de Olivier! Pero éste no se limitaría á infligirla el suplicio de estar allí, junto á ella. La hablaría. ¿Qué la diría? ¿Qué querría? No se engañó un segundo: ninguno de los sentimientos de aquel hombre, que se referían á ella, había cambiado. Al través de la relación de Pedro, Ely había oído de nuevo aquella risa cruel, dolorosa, insultante, que tan bien conocía, y con la risa llegó hasta ella la ola de la odiosa sensualidad que en otra época le invadió para siempre. Después

de haberla ultrajado, pisoteado, abandonado; después de haber puesto entre ambos lo irreparable de este abandono y de su matrimonio, Ely comprendía una cosa monstruosa, imposible por parte de otro hombre, natural en éste: ¡que Olivier la amaba aún! El la amaba, si es amar sentir por una mujer esa mezcla detestable de pasión y odio que hace brotar incesantemente la cólera de la voluptuosidad y la ferocidad del placer. ¡El la amaba! Su actitud era inexplicable sin la anomalía de este odioso sentimiento, conservado á través de todo y á pesar de todo. Y al mismo tiempo sentía por Pedro esa amistad celosa, llena de sombras, apasionada, que debía en aquel momento ser un suplicio para él. ¿Dónde no le arrastraría un sufrimiento semejante, enloquecedor, como una hoja de acero que se revuelve en la llaga? ¡Haber amado, amar aún á una querida antigua con amor siniestro, y saber que esta mujer es la querida del mejor, del más tierno amigo, de un hermano de elección, más querido que un verdadero hermano! Tan distintamente como podía ver el primer rayo del sol agujerear las cortinas al fin de aquella noche de meditación espantosa, Ely *veía* estos sentimientos en el corazón de Olivier. «Quien siembra vientos, recoge tempestades», dice un proverbio de su país. Ella pensó en hacerse amar por Pedro para vengarse de Olivier, para herirle en lo más vivo de su sensibilidad. Habíalo conseguido. ¿Qué golpe iba él á darle en la rabia de su dolor? Y ella misma, ella, que tanto había cambiado desde que concibió el proyecto de aquella cruel venganza, ¿cómo se defendería? ¿qué partido seguir? ¿Implorar á aquel hombre, suplicarle,

producirle lástima? ¿O engañarle, conducirle diestramente á la duda de sus relaciones con Pedro, pues realmente no tenía pruebas de ellas, ó mejor hacerle frente, y cuando se atreviera á presentarse ante ella arrojarle de allí, pues no tenía derecho alguno para hacerlo? Contra el primero de estos medios sublevábase su orgullo; su nobleza contra el segundo, y su razón contra el tercero. En las crisis decisivas como la que atravesaba la pobre mujer, el sér llama siempre por instinto á las partes profundas de su naturaleza, como si se replegase sobre el centro mismo de su persona, sobre su parte más íntima. En medio de una sociedad excesivamente refinada y falsa, Ely se distinguía por la necesidad y la energía de la verdad. Como había dicho á su confidente en los paseos del jardín Brión aquella noche tan reciente—y tan lejana—, lo que la había encantado y seducido en Pedro era la verdad de su alma. Para vivir una verdadera vida, para experimentar verdaderas emociones, se había arrojado en aquel amor, del que desde luego conoció todos los peligros. Después de haber tomado y rechazado veinte proyectos, acabó por decidir que se apoyaría aún en la sola verdad, en la temible escena que se preparaba, y se dijo:

—Le mostraré mi corazón tal como es, y... ¡que le pisotee... si es capaz de ello!

Tal fué el resultado de las cavilaciones, al término de aquella noche de insomnio, de aquella mujer, capaz de los mayores extravíos, pero incapaz de un cálculo bajo ó de una mezquindad. Encontró, no el olvido de un peligro inminente, pero sí la calma en el valor que da á toda criatura humana el hecho de

estar de un modo absoluto en la lógica de lo que siente, de lo que cree y de lo que ve. Así es que su emoción fué menor de lo que esperaba cuando, á eso de las diez, recibió una carta que la probó la certeza de sus suposiciones. La carta no era extensa; pero ¡qué amenazadora para quien la leía en el mismo saloncillo donde había tomado la resolución de despedir á Pedro, precisamente por temor de la catástrofe que aquellas líneas anunciaban!

«Señora:

A las dos tendré el honor de presentarme hoy en su casa. ¿Puedo esperar que usted se dignará recibirme, ó, en el caso de que esta hora no la convenga, que me indique otra, teniendo la seguridad de que los menores deseos de usted serán órdenes para su respetuoso servidor

OLIVIER DU PRAT?»

—Contesta que está bien—dijo Ely—, y que esperaré esta tarde en casa.

Le había sido imposible responder por escrito á aquella banal carta, que Olivier debió redactar en un estado singular de agitación y de decisión. Ely, que conocía su letra, notó que la pluma se había como crispado al escribirla, y se dijo:

—Esto es la guerra... Tanto mejor. Dentro de algunas horas sabré á qué atenerme.

Y contando los minutos, sentía que sus nervios se exasperaban. Prohibió que nadie, á excepción de su terrible visitador, entrase en su habitación. En el momento de librar una batalla, de la que dependía el

porvenir de su dicha, recogíase en una última soledad. Así es que la causó vivísima sorpresa, de la que disimuló mal la contrariedad, el hecho de que á eso de la una y media entrase en el salón Ivona de Chesy, que había forzado la consigna. Le bastó mirar el rostro de la linda y frívola parisiense para comprender que también se representaba un drama en aquella vida que parecía ser una fiesta completa. El infantil semblante de la joven expresaba un dolor lleno de asombro. Sus ojos, tan alegres de ordinario, tenían en sus azules pupilas como un espanto estupefacto ante una cosa horrible, mirada frente á frente de pronto, y sus ademanes revelaban una nerviosidad que contrastaba de un modo extraño con su habitual ligereza. Ely recordó repentinamente la confianza que Marsh la hizo en el barco, y acometióle la idea de que Brión comenzaba á ejercer su influencia sobre la pobre niña. Reprochóse su movimiento de impaciencia, y aún en medio de su angustia encontró toda su gracia para la infortunada, que balbuceaba una excusa.

—Ha hecho usted bien en forzar mi puerta. Sabe usted que para usted estoy siempre. Pero la encuentro agitada. ¿Qué sucede?

—Sucede que estoy perdida—dijo Ivona—si no encuentro alguno que me ayude, que me salve. ¡Ah! —continuó, llevándose las manos á la frente, como si quisiera arrojar una pesadilla—. Cuando pienso en todo lo que me ha pasado desde ayer, creo que he sido juguete de un sueño. Sucede que estamos arruinados, arruinados completamente. Lo sé desde hace veinticuatro horas. Ese excelente Gontrán ha

hecho lo posible por ocultarme hasta el último momento la catástrofe... ¡Y yo que le reprochaba el que jugase en Monte-Carlo! ¡Pobrecillo! Esperaba que un golpe de fortuna le produjera ciento, doscientos mil francos, los primeros fondos para recomenzar nuestra fortuna. Pues él trabajará... Está decidido á ello. ¡Qué bueno es! Sufre por mí. Para que yo disfrutara de un poco más lujo se ha arriesgado en operaciones atrevidas. No sospecha la indiferencia que me causa eso... Ya se lo he dicho. Viviré con nada: una costurerilla, cuyo trabajo dirigiré yo misma, y que me hará los vestidos á mi gusto; una instalación en Passy, en una de esas casitas inglesas tan pequeñas; un carruaje alquilado ó un cupé del Círculo para mis visitas y el teatro, y seré la más feliz de las mujeres. Iré á los *halles* por la mañana, y estoy segura de que por una nonada tendré mejor mesa que hoy... Y sé que me acostumbraré á esta vida. En el fondo no he nacido para ser rica... Esto es una suerte.

Había esbozado este programa, que suponía modesto, y para el que necesitaban por lo menos cincuenta mil francos de renta, con tal mezcla de inocencia infantil y de ánimos, que la señora de Carlsberg sintió oprimido el corazón. Tomóla una mano, la atrajo á su pecho para besarla, y la dijo:

—Conozco el corazón de usted, Ivona; pero espero que todo podrá repararse. Usted tiene amigos, buenos amigos, yo la primera. Al principio se enloquece, y después se comprende que la ruina no es tanta como se presumía.

—Parece que sí—respondió la otra moviendo la cabeza—. Porque usted es mi amiga vengo á su casa.

La otra noche el Archiduque ha hablado delante de mi marido de la dificultad que encontraba para hallar un hombre que vigilase sus tierras en Transilvania. Y como el Príncipe nos ha distinguido tanto aquella noche, hemos pensado...

—¿En que Chessy pudiera ser su administrador? —interrumpió Ely, que no pudo evitar una sonrisa ante una inocencia tan completa—. No se lo desearía á mi peor enemigo. Si usted cree que su marido debe buscar un empleo, no hay más que un hombre que pueda procurárselo.

Notó que, al oirla, el rostro de Ivona, alegrado por la buena acogida que Ely la dispensó, anublóse de nuevo, y que su mirada expresó una angustia profunda y una rebelión.

—Sí—insistió Ely—, un solo hombre, y éste es Dickie Marsh.

—¿El comodoro?—dijo Ivona con gran asombro. Y moviendo la cabeza, y con los labios repentinamente crispados por un pliegue amargo, añadió:

—No. Sé lo que valen esas amistades de hombres y el precio que ponen á sus servicios. Mi ruina data de poco tiempo, y ya ha habido alguno que me ha ofrecido dinero... ¡Ah, querida Ely! —Y se tapó los ojos con las manos, enrojeciendo de indignación—. Me ha ofrecido dinero á cambio de que fuese su querida. Usted no sabe, no puede saber lo que siente una mujer cuando descubre repentinamente que desde hace meses y meses está espiada por un hombre, al que consideraba como amigo, como una bestia por el cazador. Todas las confianzas que ella le había permitido sin sospechar nada, puesto que ningún

mal había en ellas, las coqueterías que inocentemente tuvo, las intimidaciones, de las que no desconfiaba, se presentan de nuevo ante ella, causándola una vergüenza horrible. No ha visto el infame plan que se ocultaba bajo aquella comedia; le ve ahora. No ha sido culpable, y la parece que lo ha sido... ¿Exponerme á una nueva afrenta de esta especie? ¡No, nunca! Marsh me haría la misma innoble proposición que me ha hecho el otro... ¡Ah, esto es muy vergonzoso!...

No había pronunciado ningún nombre; pero en aquel estremecimiento de pudor ultrajado, la señora de Carlsberg adivinó la escena que se había representado, sin duda aquella misma mañana, entre la imprudente pero honrada criatura y el inmundo Brión. Conoció más que nunca qué inocente era la aturdida parisiense que acababa de recibir la primera revelación de las brutalidades de la vida. Había algo patético hasta en aquellos remordimientos, en aquellos escrúpulos, en aquella rebelión repentina de un alma inocente por falta de realidad. Y aunque amenazada también por otra brutalidad de otro hombre, Ely experimentó un impulso de simpatía por aquella desventurada niña. Iba á hablarla de Marsh, á referirla su conversación en el yate, la promesa del americano, cuando oyó, con esa agudeza de los sentidos agitados por la inquietud en ciertos momentos, el ruido que hacía, al abrirse, la puerta del salón. Pensó: «Ahí está Olivier.» Y al mismo tiempo, por un instintivo arranque de superstición, miró á Ivona, aún temblorosa, y añadió mentalmente:

—Yo la ayudaré. Esta buena acción me traerá la dicha.

Y en voz alta dijo:

—Cálmese usted; no me es posible prolongar ahora esta conversación; espero á una persona; pero vuelva usted mañana por la tarde, y la juro á usted que habré encontrado lo que usted busca para Gontrán. Déjelo usted á mi cargo..., y valor. Sobre todo que nadie sospeche nada. Es preciso que no se conozca que usted sufre.

Dirigíase á sí misma el consejo, y daba prueba de seguirle en aquel instante, pues el ayuda de cámara acababa de abrir la puerta y anunciar: «El señor Olivier Du Prat»; y no obstante, jamás la señora de Chesy hubiera adivinado, al ver á Ely tan sonriente, tan amable, lo que para la querida de Hautefeuille significaba la entrada de Olivier en aquel saloncillo. Por su parte, Olivier, no menos correcto y dueño de sí, se excusaba por no haber ido más pronto á saludar á la Baronesa.

—Está usted perdonado—dijo Ivona, que se había levantado al llegar Olivier y no había vuelto á sentarse—. Verdaderamente, si durante el viaje de novios hubiera que cumplir esos deberes mundanos, no habría luna de miel. Prolongue usted la suya. Es el consejo de su antigua pareja de cotillón. Y perdonen ustedes que me retire tan pronto; pero Gontrán debe venir á encontrarme en el camino, y no quiero hacerle esperar.

Después, en voz baja, besando á Ely en señal de despedida, la dijo:

—¿Está usted contenta de mí?

Y la joven partió con una sonrisa que la otra apenas pudo devolverla. Sufrir la primera mirada de

Olivier, había sido para la señora de Carlsberg una prueba muy dura. Leyó en ella distintamente la brutalidad del recuerdo físico, tan intolerable para las mujeres después de la ruptura, que la mayor parte prefieren el escándalo al suplicio de volver á ver á un hombre cuyos ojos dicen: «Representa la comedia; sé adulada, respetada, idolatrada; pero has sido mía, y nada borraré esto.» Para Ely, conmovida aún por los besos cambiados la última noche con Pedro, fué tan penosa la impresión, que, á atreverse á ello, hubiera gritado; no tuvo más que una idea: abreviar aquella visita, al término de la cual no estaba segura de llegar sin desfallecer si la impresión que experimentaba entonces se prolongaba. Pero, angustiada hasta la tortura, espantada hasta la agonía, era aún la gran señora, la medio princesa que mantiene su rango al través de las más difíciles explicaciones, y mostró la gracia de una reina para decir á aquel hombre que había sido su amante y de quien lo temía todo:

—Ha querido usted verme, caballero. Podía haber rehusado; estaba en mi derecho, pero no le he ejercitado. Confieso á usted que esta entrevista me es horriblemente dolorosa. Dígame usted lo que tenga que decirme sin emplear una palabra que aumente este malestar, si le es posible hacerlo. Ve usted que no tengo contra usted ni hostilidad, ni odio, ni desconfianza. Evíteme usted los epigramas, las insinuaciones, las frases duras. Es lo único que le pido, y es justo.

Había hablado con dignidad sencilla, en la que Olivier quedó asombrado de no encontrar aquel aire

de desafío que le había en otra época exasperado mucho. Además, desde su entrada en el salón había notado un cambio en el carácter de la belleza de Ely. Era siempre el mismo rostro de nobles líneas, las mismas facciones, tan orgullosas y delicadas al mismo tiempo, iluminadas por el fuego de sus ojos profundos, con el encanto de una languidez conmovedora. Pero la expresión inquieta, movable y curiosa de otros tiempos había desaparecido. La sensación fué muy vaga para enternecer al amante. El trabajo de su idea fija había sido demasiado intenso en él durante aquellos ocho días, y en su respuesta temblaba una cólera apenas contenida.

—Procuraré obedecerla á usted, señora. Sin embargo, para que la conversación que me he permitido solicitar de usted tenga el sentido que debe tener, preciso es que de mis labios salgan algunas palabras que usted preferiría no oír...

—Pronúncielas usted—interrumpió ella—. Solamente he querido pedirle á usted que no añada nada inútil.

—Seré breve—dijo Olivier.

Y después de un silencio, con acento más duro aún, dijo:

—Recordará usted, señora, que una noche en Roma, hace dos años, en el palacio Savorelli—ya ve usted si preciso—, hizo usted que la presentaran á un joven que no pensaba en usted, y que usted ha sido con el..., ¿cómo expresarme sin mortificarla á usted?

—Diga usted que fuí coqueta y que quise hacerme amar. Es cierto.

—Puesto que tiene usted tan buena memoria, recordará usted que aquellas coqueterías fueron muy lejos, muy lejos, y que el joven mencionado llegó á ser amante de usted.

¡Ah! ¡Cómo se movieron los párpados de Ely, mientras él insistía en aquella frase con la dureza que ella le había suplicado no emplease!

Olivier añadió:

—Recordará usted también que aquel amor fué muy desdichado. Aquel hombre era susceptible, desconfiado, celoso... Había sufrido mucho. Una mujer que verdaderamente le hubiese amado, no hubiera tenido más que un cuidado: no despertar en él la horrible enfermedad de la sospecha. Usted hizo todo lo contrario. Cierre usted los ojos y trasládese con el pensamiento á cierto baile en casa de la condesa Steno... Acuérdesese usted de aquel hombre en un ángulo del salón mientras usted bailaba, y ¿con quién?...

Aquella alusión á un episodio olvidado de su época más triste, hizo subir al rostro de Ely una ola de sangre. Vióse, como su antiguo amante quería, dejándose hacer la corte por uno de los príncipes Pietrapertosa, uno de los imaginarios rivales más aborrecidos por Olivier, y respondió:

—También es cierto... Procedí mal.

—Conviene usted en ello, y convendrá también en que el joven con quien usted jugaba de aquel modo tenía el derecho de juzgarla á usted como la ha juzgado, y de huir de usted como huyó, puesto que al lado de usted sentía levantarse en él los más viles instintos, puesto que usted le hacía malo, cruel, á fuerza de hacerle sufrir. ¿Es esto también verdad?

Y ¿es verdad aún que su orgullo de mujer fué herido por aquel abandono, y que ha pretendido usted vengarse? ¿Negará usted que un año después, habiéndose encontrado al amigo más íntimo y más querido de aquel hombre, la única afección de su vida, usted concibió la terrible idea de hacerse amar por él, con la esperanza, mejor dicho, la certeza de que el otro lo sabría y experimentaría un cruel tormento al saber que su antigua querida era la querida actual de su mejor, de su único amigo? ¿Lo negará usted?

—No —respondió Ely.

Su hermoso rostro estaba lívido. Aquella palidez; la actitud de su cabeza, inclinada sobre el pecho como aniquilada por los repetidos golpes que recibía; la fijeza de sus ojos; su boca entreabierta, y á la que faltaba el aire; la humildad de sus respuestas, que probaba tanta sinceridad; la firme resolución de no defenderse, todo hubiera debido desarmar á Olivier. Pero al pronunciar la frase «la querida de su amigo», acababa de ver la imagen que le atormentaba desde el momento de la primera sospecha: el rostro de Hautefeuille junto al de Ely, sus pupilas mirando á las de ella, sus labios besando sus labios. La confesión de Ely daba una realidad más indiscutible aún á la visión, acabando de enloquecer á aquel hombre, que no sospechaba que jamás había amado y deseado tanto á aquella atormentada criatura, y que su pasión se erguía más devoradora que nunca. Añadió:

—Y ¿usted confiesa eso con tanta tranquilidad, y no ve usted lo que hay de infame, de abominable, de monstruoso en tal venganza? Encontrar un corazón como ese, tan puro, tan joven, tan delicado; un sér

incapaz de una sospecha, todo sencillez, todo inocencia, y hacerse amar por él á riesgo de herirle, de envenenar su alma para siempre, por satisfacer... ¿el qué? ¡Un miserable rencor de coqueta! ¡Y no le ha hecho á usted dudar aquella frescura, aquella nobleza de alma! ¿No se ha dicho usted: «Engañar á este sér indefenso es una infamia»? Sabiendo la amistad que con él me unía, si usted hubiese tenido en el corazón algo, no ya de elevado, de humano solo, debió usted retroceder ante el crimen de deshonorar esta hermosa amistad, para darle á cambio de ella una aventura galante de algunos días, el tiempo que la divirtiera á usted este capricho indigno. El no la había hecho á usted mal alguno; no la había abandonado; no se había casado. ¡Ah! ¡Qué venganza más ruin! ¡Al menos me queda el derecho de gritarle á usted que es una acción ruin, ruin, ruin!

Mientras Olivier le lanzaba aquellas ultrajantes frases, Ely se había levantado con la frente erguida. Ahora su mirada sostenía la de Olivier. Sus ojos, á fuerza de sinceridad, estaban serenos. Dió algunos pasos hacia el joven; púsole una mano sobre el brazo—aquel brazo que la amenazaba—con un ademán tan dulce y firme á la vez, que Olivier cesó de hablar y comenzó á responderle con un acento desconocido para el joven. Era aquel acento tan sencillo, tan humano, mejor dicho, que no cabía duda de lo que decía. Aquello era realmente un corazón al desnudo, cuya queja conmovía hondamente al que la escuchaba. Había amado á aquella mujer más que lo que él mismo sospechaba, y había buscado en ella, sin poder conseguirlo, el sér que se le mostraba ahora.

Aquel alma que anunciaban sus ojos tristes y tiernos; aquel alma apasionada, ardiente, capaz de lo más grande, del amor más completo, habíala Olivier adivinado, presentido, perseguido, sin conseguir llegar á ella, y ahora estaba allí despierta por otro..., y ¡qué otro!...

—Es usted injusto, Olivier, muy injusto—decía Ely—. Pero no lo sabe usted todo, no puede usted saberlo... Hace un instante ha visto usted que no he pretendido discutir, ni hacerle á usted frente. No he sido la mujer orgullosa que en otra época ha luchado tanto con usted. ¡Ya no tengo orgullo! Al escucharle á usted encuentro la prueba de lo que he sido, de lo que aún sería si no hubiera encontrado á Pedro, y sin ese amor que ha entrado en mi alma como huésped sagrado. Cuando le he dicho á usted que tuve el pensamiento de hacerme amar por él para vengarme, dije la verdad; debe usted creerme si le digo que ahora esta idea me causa tanto horror como á usted mismo. Cuando le he conocido, cuando he visto lo hermoso, lo noble, lo puro de esta naturaleza, todas esas virtudes de que usted acaba de hablarme, he comprendido la infamia de la acción que iba á cometer. Tiene usted razón; hubiera sido un monstruo si hubiera podido jugar con un corazón tan joven, tan recto, tan verdadero, tan adorable. Pero no... No he sido ese monstruo. A las dos veces de hablar con Pedro, ya había renunciado á mi terrible venganza y ya mi alma era suya. ¡Sí! ¡Le amaba! ¡Le amaba! ¿Cree usted que no me he dicho, que no me digo á cada instante, desde que he visto claro en mis sentimientos todo lo que usted acaba de decirme? Le

amaba y era el amigo, el hermano de usted; de usted, mi amante; y llegaría un momento en que él le volvería á ver á usted, en que le hablaría de mí, en que él tal vez lo sabría todo; un momento también en que yo le vería á usted de nuevo, en que me hablaría usted como acaba de hacerlo... ¡Ah! ¡Qué dolor! ¡Qué vergüenza!

Y soltando el brazo de Olivier, llevóse los puños cerrados á los ojos con un ademán de agonía propiamente física. Sufría en su carne, en aquel cuerpo que en otra época abandonó á aquel hombre, que siguió escuchándola.

—Perdón. No se trata de mí, ni de lo que he podido sufrir; se trata de él. No puede usted dudar que le amo con todo mi corazón, con todo lo que hay en mí de bueno y noble. Que él me ama también con todo el ardor de ese alma grande que usted conoce, usted lo ha comprendido. Durante esta última semana, y á través de lo que él me decía, le he visto á usted, ¡con qué angustia!, descubrir nuestro secreto hora por hora. Hoy está usted al tanto de todo. Pedro me ama como yo le amo: con un amor apasionado, único, absoluto. Y ahora, si usted lo quiere, vaya usted á decirle que yo he sido su querida. No me defenderé más de lo que hace un momento me he defendido. No me siento con fuerzas para mentir. El día en que venga á preguntarme: «¿Es verdad que ha sido usted la querida de Olivier Du Prat?», le responderé: «¡Sí!...» Pero no será á mí sola á quien habrá usted herido.

Se calló; y como si el esfuerzo hecho para decir su pensamiento, donde tantas cosas se encontraban

mezcladas, hubiese agotado sus fuerzas, dejóse caer sobre el sillón, apoyando la cabeza en el respaldo. Esperaba la respuesta de Olivier con una ansiedad tan intensa, que pensó que le acometía un síncope y cerró los ojos. Con su lógica de mujer verdaderamente enamorada había puesto á aquel hombre que fué á su casa para amenazarla y ultrajarla, en el siguiente dilema: ó decirselo todo á Hautefeuille, y éste decidiría si amaba á Ely lo bastante para creer aún en ella después de saber que había sido la querida de su amigo; ó evitarle aquella miseria, dejándole en su ignorancia y en su dicha; y entonces era preciso que Olivier partiese y que cesase de infligirse é infligir á su antigua querida el dolor de hacer surgir su común pasado. ¿Qué iba á decidir? Olivier, tan duro de palabra momentos antes, tan agresivo en su actitud, no respondía. Al través de sus párpados entornados veía Ely que fijaba en ella una extraña y apasionada mirada. Una lucha se libraba en él... ¿Qué lucha? Pronto iba á saberla, y también qué especie de emoción acababa de despertar en un corazón que no había podido jamás apartarse de ella.

—¡Le ama usted!—dijo al fin Olivier—. ¡Le ama usted! Sí..., lo conozco, lo veo. Sólo así se explica que haya usted podido encontrar ese acento, esas palabras, esa verdad... ¡Ah!—continuó—. ¡Si usted hubiera sido en Roma una vez sola lo que ahora es usted! ¡Si yo la hubiera sentido á usted sentir! Pero usted no me amaba, ¡y á él le ama! Pensaba que nos habíamos hecho el uno al otro todo el daño que dos seres humanos pueden hacerse, y que yo no sufriría más de lo que sufrí entonces, más de lo que he su-

frido en estos días al adivinar que era usted su querida. Pero no era nada al lado de esto. ¡Usted le ama! ¿Y cómo no? ¿Cómo no he comprendido al instante que su gracia, su delicadeza, su juventud, tenían que conmoverla á usted, penetrarla, que cambiar su corazón? ¡Ah! Acabo de verla á usted tal como la he soñado mucho tiempo, y es por él... por él...

Y arrojando un grito de bestia herida, añadió:

—¡No!... ¡No puedo soportar esto! ¡Me causa mucho daño, mucho daño!...

Y las palabras de dolor mezclábanse en su boca á las frases de cólera y de amor.

Después, cruelmente, dijo:

—Puesto que usted me ha odiado lo bastante para soñar con la atroz venganza de darme celos..., ¡saboreela usted, gócese usted en ella! ¡Lo ha conseguido!

—Le suplico á usted que no me hable de ese modo—respondió Ely.

Aquella repentina y violenta explosión de tan extraños sentimientos la produjo, aun en su turbación, un estremecimiento no previsto. Entreveía, con una mezcla de espanto y lástima, un misterio indescriptible en el corazón del hombre apasionado que la había insultado, humillado, y que, después de comprender sus sentimientos, la maldecía. Las confidencias de Pedro la habían hecho conocer que su antiguo amante era víctima de una oleada de odiosa sensualidad, y ahora lo veía claramente. Sobre aquella sensualidad y aquel odio existía siempre un amor verdadero, amor que nunca había podido desarrollarse, crecer, esparcirse, porque ella no fué nunca para aquel hombre la mujer que él buscaba, que él desea-

ba, que presentía. Y lo era ahora por milagro de un amor inspirado por otro. ¡Qué nuevo martirio para el desdichado! Ely, olvidando sus propios temores, le dijo en un movimiento de compasión:

—¡Gozarme yo en el tormento de usted! ¡Yo!... ¡Pensar todavía en mi venganza! ¡No ha comprendido usted, pues, mi sinceridad y la vergüenza que me inspira el hecho solo de haber podido concebir tan culpable idea! ¡No ha comprendido usted, pues, mis remordimientos por mis coqueterías de Romal! ¡No comprende tampoco que el sufrimiento de usted me destroza el corazón!

—Le agradezco á usted la lástima que por mí siente—interrumpió Olivier.

Su voz se había transformado en breve y seca. ¿Volvía á adquirir la conciencia de su dignidad de hombre? ¿Le hería aquella caridad de mujer, tan humillante cuando se ama? ¿Temblaba ante la idea de que, de prolongarse aquella conversación, iría demasiado lejos en sus palabras y sentimientos? Continuó de este modo:

—La pido á usted que me perdone por no haber sabido dominar mis nervios. Nada tenemos que decirnos. La prometo á usted que haré lo posible para que Pedro no sepa nunca nada. No me lo agradezca usted. Me hubiera callado por él, por salvar esta amistad, que me ha sido, que me es tan querida. No he venido con la intención de amenazarla á usted diciéndola que se lo contaría todo, sino, al contrario, para pedirle á usted que callase y no llevase más lejos lo que yo creía su venganza. Y al despedirme de usted para siempre, la suplico que, puesto que ama

usted á Pedro y él la ama á usted, me prometa que no se servirá de este amor para destruir la amistad que entre él y yo existe, y que la respetará.

Ahora, en la voz de Olivier había una humildad suplicante. La religión de la amistad de que estaba poseído, temblaba allí de un modo triste, solemne casi. Con una especie de solemnidad también, respondióle Ely:

—Se lo prometo á usted.

—Gracias—dijo él—, y adiós.

—Adiós—respondió Ely.

Olivier dió algunos pasos en dirección á la puerta. De repente se volvió y avanzó hacia Ely. Esta leyó en sus ojos todo el vértigo, toda la locura del amor y del deseo. Sentíase invadida por tal temor, que no tenía fuerza para moverse. Olivier llegó junto al sillón, cogióla la cabeza entre las manos, y, frenética, apasionadamente, la atrajo á sí, cubriendo de besos sus cabellos, sus ojos, y buscando su boca con un delirio que devolvió á la joven su energía. Rechazándole con un vigor aumentado por la indignación, enderezó el cuerpo y huyó al fondo de la estancia, gritando tres veces, como si llamara en su socorro al que tenía el derecho de defenderla:

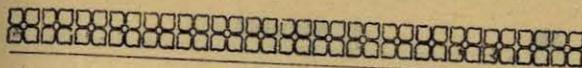
—¡Pedro!... ¡Pedro!... ¡Pedro!

Al oír este nombre, Olivier apoyó ambas manos en un mueble, como si comprendiera que iba á caer. Y bruscamente, sin mirar á Ely, que se apoyaba á su vez contra el muro, desfallecida, la mano sobre el corazón, sin decir una sola palabra ni despedirse, salió de la estancia. Su paso era el del hombre aterrorizado que ha cometido un crimen. Pasó, sin ver-

los, ante los dos criados, que tuvieron que llamarle para entregarle su bastón y su abrigo, y siguió por el jardín. El impulso que le había precipitado hacia su antigua querida, ahora querida de su amigo, se convirtió en aquel instante en un acceso tal de remordimientos, estaba tan conmovido por los besos dados sobre aquel rostro tan dolorosamente deseado desde algunos días, por la sensación de aquellos labios que huían los suyos, por el contacto de aquel cuerpo adorado que se rebelaba, con horror, contra la presión de sus brazos, que sentía que su razón se escapaba. De repente, y al transponer la verja de la quinta, vió á alguien que le esperaba dentro de un coche parado. El espanto que experimentó fué el mismo que si hubiera visto ante sí el fantasma de una persona á la que creyera muerta. Era el vengador que Ely había llamado en su auxilio, Hautefeuille, que le dijo sencillamente:

—¡Olivier!

Y en el sonido de su voz, en su palidez, en sus ojos, donde se leía un espantoso dolor, Olivier comprendió que su amigo *lo sabía todo*.



X

UN JURAMENTO

En los sucesos más extraordinarios no hay nada que no sea sencillo, como no hay nada que no sea muy lógico en los azares más inesperados. Con un poco de reflexión nos bastaría frecuentemente para impedir los unos y prever los otros. Pero la propiedad principal de la pasión es la de absorberse por completo en su objeto. Olvida que fuera de ella existen otras pasiones también fogosas y desencadenadas, y que será preciso el choque de unas con otras. Es á manera del tren que marcha á todo vapor, y al que ninguna señal anuncia que otro tren viene por la misma línea, y con igual fuerza, en sentido contrario. Envuelto, arrastrado durante aquella fatal semana por el torbellino de su dolor, Olivier no se había cuidado de que cerca de él existía un sér que también sufría. La idea fija tiene ese egoísmo y esa imprevisión: el joven no había observado el trabajo mental que en su mujer se efectuaba, ni adivinado la natural posibilidad de que, exasperada por la sospecha, Berta se dirigiese al confidente de su marido, al propio Pedro, en demanda de ayuda. Y Berta lo ha-